

Adiós a Emilio Carballido (1925-2008)

El sujeto del mensaje electrónico – “malas noticias. Carballido” – me lo dijo todo. Acto seguido me sentí inundada de nostalgia y de intensos recuerdos que empezaron en 1977, cuando joven y tímida lo fui a conocer en su casa junto a Chapultepec. Para los “fuereños” como yo, conocer a Carballido era como sacar boleto a todo un mundo nuevo y maravilloso. Entrar en la casa de Carballido era entrar en la vida de él, sus familiares y sus amigos. Escucharle hablar era todo un cursillo sobre el teatro, el cine, la música y la política mexicana. Todo lo sabía y de memoria. Era una fuente inagotable de anécdotas, chismes y albures. Se deleitaba con las palabras con una felicidad creativa que sólo llegan a alcanzar Marlene y Gabriela en *Rosa de dos aromas* con su inolvidable explosión liberadora de groserías.

Carballido era un hombre desinteresado, que daba y daba de sí mismo, sin pedir nada a cambio. Era de admirar la humildad que siempre mostraba, desde la puesta de barbacoa que dejaba armarse frente a su casa en San Pedro de los Pinos hasta el breve cerrar de ojos y la leve sonrisa de gato feliz que daba cuando le colmaban de elogios en tantos homenajes. Para conocer de verdad al maestro, había que conocer sus obras, donde sale, con bastante frecuencia y apenas disfrazado, de personaje. El adolescente Carlos de *Un vals sin fin sobre el planeta* – sexualmente despierto y con ganas de subir al tren y conocer el mundo. César de *Las estatuas de marfil* – joven dramaturgo que se refugia en Xalapa para encontrarse y regenerarse. Y Héctor de *Fotografía en la playa* – el profesor defeño que va a una reunión familiar en la playa, donde recurre repetidamente al mar para explicar que las cosas nunca son como se ven: “Ves una ola, y otra y otra. Y de repente queda como flotando encima una trama de reflejos. Es nada más un cambio de los ojos, y ya estás viendo esa otra cosa, un puro tejido de luz.” Donde otros veían sólo pesimismo y fealdad, Carballido veía algo hermoso y maravilloso. Ni él ni sus personajes dejaron de creer en la posibilidad de crear un mundo mejor.



Uno quisiera ser como la Intermediaria de *Yo también hablo de la rosa* para recibir noticias del maestro. Pero la verdad es que no hace falta. Mientras goza de la vista que le brinda el cerro de Macuitépetl, Carballido sigue vivo entre nosotros a través de sus muchas obras y el profundo entendimiento del ser humano que se encuentra bajo la superficie. Sus textos son sutiles y engañosamente sencillos. Para entender todo lo que nos quería decir en ellos, hay que seguir el hilo que ha ido tejiendo desde *La hebra de oro*, obra en la que un hilo mágico permite comunicarse con un querido ser fallecido. Si seguimos ese hilo y pasamos por la misma puerta cerrada y marcada con X, seguramente

ahí nos espera Carballido con sus ojos pícaros y sonrisita de gato contento. Como dice Héctor en *Fotografía de la playa*, la muerte es como el mar, un lugar de constante regeneración: “con un visor te asomas al cementerio y ves un tejedero de coral blanco.” Carballido era como el mar: murmurante, pero vibrante y profundo. Y como las olas traviesas, cariñosas, medio poetas y medio groseras de *El mar y sus misterios*, Carballido seguirá vivo, reproduciéndose y regenerándose en los ojos de su público y en los jóvenes creadores que han seguido el hilo de oro dramático que el maestro empezó a tejer hace tantos años. Los que tuvimos la fortuna de compartir un tramo de su “vals sin fin por el planeta” confiamos en lo que dice Fifi en *Orinoco* – “Falta lo más hermoso todavía” – y le deseamos muy buen viaje.

Jacqueline E. Bixler
Virginia Tech



Estas reminiscencias del gran escritor Emilio Carballido fueron estimuladas por la triste noticia que mandó Héctor Herrera, su pareja, para informarnos que murió el 11 febrero 2008. Le mandé esta nota a Héctor, pues Emilio representa para mí no una ficha bibliográfica ni un texto dramático, sino un magnífico ser humano. Aunque su salud se había empeorada en los últimos años, la imagen que conservo de Emilio es todavía el risueño, el vigoroso, el gran creador de mundos. Quería compartir con Héctor – y ustedes – esta evocación.

Para mí, Emilio Carballido representa no sólo lo mejor que produjo el teatro latinoamericano del siglo XX, sino un ser humano de características personales que ejemplifica lo que es ser amigo, mentor, maestro, inspiración para formar una vida creativa, crítica y productiva.

Recuerdo las tardes tan placenteras que pasábamos en su casa en San Pedro de los Pinos: la comida, el ron, los gatos, los invitados de todas partes del mundo – y siempre Emilio con su sonrisa, sus chistes, su buen sentido de humor.

Le debo mucho – por haberme presentado a un mundo mexicano teatral original y extraordinario, rico y abundante de ideas y personajes inolvidables. Hablando de personalidades inolvidables, fue Emilio que me presentó a Nellie Campobello, a Luisa Josefina Hernández, a Sabina Berman, entre otras figuras destacadas de la cultura mexicana. ¿Cómo no llorar al notar que su fallecimiento significa tanta carencia en el mundo literario, cultural, personal?

Recuerdo que fui yo la primera en invitarle al primer simposio sobre el teatro latinoamericano que organicé para al Modern Language Association, en diciembre, 1975. En la mesa fueron sus amigos William Oliver, que tradujo sus obras como la clásica *Yo también hablo de la rosa* y la farsa, *El día que se soltaron los leones* y Leon Lyday, que produjo junto con George Woodyard y Frank Dauster los importantes libros en inglés que sirvieron como parteaguas en los estudios norteamericanos sobre el teatro latinoamericano. El teatro de Emilio Carballido tomó un papel muy significativo en estos textos pues mostró que el teatro de México, de América Latina podía competir en diversidad, inteligencia, e innovación con las obras de los Estados Unidos, Francia, Inglaterra, Italia, etc. – y en cuanto a mensajes socio-políticos, superaba a veces a sus modelos europeos.

En cuanto a mi carrera académica personal, he escrito mucho sobre las piezas de Emilio; siempre me viene a la mente una obra suya, no importa si estoy analizando el discurso de poder (qué mejor ejemplo que *Rosalba y los Llaveros* o *Yo también hablo de la rosa* o *Ceremonia en el templo del tigre*), la perspectiva feminista (*Rosalba, Rosa de dos aromas*), el paradigma de la Malinche (*Chucho el roto, Ceremonia en el templo del tigre*), o la historia mexicana (*Homenaje a Hidalgo, Almanaque de Juárez*). Hace poco, una colega, Roberta Lavine, y yo nos aprovechamos de *El censo* para ilustrar algunas ideas sobre cómo se conducen los negocios en México y la actitud del pueblo hacia el gobierno. Y si alguien se siente abrumado por los quehaceres diarios y los problemas de horarios, tareas, etc., nada mejor que leer la novela comiquísima de *El tren que corría* – es mejor que el Valium para transportarnos a un estado relajado.

Recuerdo que durante una época navideña, querría mandarle una tarjeta que tenía una foto de gatos, pues mi esposo Ray, que tenía título de veterinario y que hablaba de gatos con Emilio, y yo conocíamos el amor que les tenía. No encontraba nada lindo, pero descubrí una que tenía un hipopótamo chistoso, y decidí mandarle esa tarjeta junto con nuestros mejores deseos para un buen Nuevo Año. Recuerdo su comentario tan sencillo, tratando de entender mi locura

– Sandra, un hipopótamo no es un gato.

– Claro, Emilio, ¿pero cómo mostrarte mi cariño si no fue tratando de hacerte reír?

Cuántas anécdotas estoy recordando – pero una quizá mejor encapsula el genio de Emilio – su capacidad de mirar al mundo con una perspectiva única y representarla con sabiduría y “salsa” – humor y gracia. Estábamos en un congreso de literatura latinoamericana en Orlando, Florida, febrero, 1985, durante pleno invierno en el este de los Estados Unidos, pero no en la Florida. Se reunieron Emilio, para dar la conferencia magisterial, George Woodyard, Leon Lyday, Frank Dauster, Roy Kerr, organizador de la mesa y profesor de Rollins College donde se efectuó el congreso, una joven Jackie Bixler, y yo, entre otros congresistas.

Por la mañana nos dieron un desayuno típico sureño, que constaba de huevos (no rancheros, desde luego) y lo que los sureños llaman “grits” – y es una suerte de gacha de maíz (*corn pudding*) muy blanca en color y si no está bien condimentada con queso, pimienta, etc., es muy blanda, insulsa – y el ejemplo que teníamos en frente fue insípida. Emilio, sin embargo, encontró una expresión tan apta que nunca la olvido

– ¿Qué te parecen los *grits*, Emilio? Parece que no te gustan – ¿no son sabrosos?

– No, nos dijo muy dolorido, son más bien melancólicos.

Ahora, al enterarme de su muerte, me siento como los *grits* – muy melancólica, muy dolorida. Como bien dices, Héctor, “Nos queda su obra para seguir recordándolo” – nunca lo olvidaré, por el gran papel que tenía en mi vida académica y personal, y en la vida académica y personal de tantos amigos y colegas.

Sandra Messinger Cypess
University of Maryland



Emilio Carballido. Playwright, novelist, short story writer, critic, essayist, teacher, administrator, consummate man of theater. And the best friend a person could ever have.

A series of fortuitous events led me to Carballido. In 1962 I returned to university to pursue a graduate degree; an understanding professor – the late, great John S. Brushwood – sent me to the library to search for a dissertation topic; the University of Missouri library had good holdings in Mexican literature; Carballido was the obvious choice.

I have a first postcard dated August 13, 1964: “Estoy a sus ordenes en México. Por favor déjeme su teléfono o su dirección en el 25 35 04, la casa de mi madre... Tendré mucho gusto en saludarla y platicar. Su amigo, Emilio Carballido.” I have no idea whether that card post- or pre-dated our first meeting, which I recall in graphic detail. He had suggested a small café, where, when I arrived, he was deep into an enormous breakfast. Emilio lived his life with gusto, at full tilt, scattering crumbs and jokes and strong emotions in every direction. I was instantly captivated. The date of that first meeting is somewhat in question since I also have a letter dated July 30, 1965, in which he thanks me for the “attention” I had dedicated to his work and expresses his hope to have the pleasure of meeting me “in person.” It is clear that he had no recollection of our immoderate breakfast.

The next real letter is dated February 23, 1966. It answers a list of queries I had raised in regard to his work, clarifying problems of dates and sources in my research, and on May 9, 1966, just in time (I received my PhD

in August of that year), in reference to an error that would not have been catastrophic but was better corrected, came a letter that was entirely typical of the Carballido style that would enliven the correspondence that was to follow:

Estimada amiga: Me alegro que todo le llegara a tiempo. Unas líneas sobre el Suplicante [which I had attributed to him]. NO TIENE NADA ABSOLUTAMENTE que ver con los de abajo. Esa tontería inmensa la imprimió no sé qué señora distraída en una tesis, no? Qué barbaridad. Es una historia de amor incestuoso que ocurre muy pirandeliamente durante la representación misma... *Yo redactó la escena pero la concepción integra es de Sergio Magaña...* La elaboración mía es, le repito, la redacción literaria...

It is extremely difficult to choose among the stacks of letters I have hoarded away. Many were written on the tiny purple typewriter he always told me his father gave him, one he continued to use forever. And many, intermittently, are written by hand. That handwriting, like his typing, and along with his speech, contained a large dose of incomprehensibility, probably because of the speed at which he lived his life. All the letters are marked by his brilliance, his Grouch Marxian humor, his anger and delight, his humanity.

My letters to Carballido must have been taxing and boring, filled with requests for information concerning his work during the time I was writing my thesis, and then pages of questions about his vocabulary and cultural/societal subtleties when I began translating it. It seems apparent to me now that Emilio trained me and seems to have edited and corrected most of what I did.

The sequence of Carballido's letters begins to record his endless world travels and conferences and committees. January 26, 1968: "Voy a salir a Baja California (preparación para una película) y acabo a empezar a trabajar en el Comité Olímpico (habrá mexicano que no acabe trabajando allí?)." We know that 1968 was a year of great difficulties and tragedies. In July Carballido wrote that he had been ill for a month and a half with typhoid. And there was of course Tlatelolco. January 8, 1969:

Ocurrió que la olimpiada me tenía frito, cada mes que pasaba era un alud más de trabajo por hacer. Quedé libre el día último de octubre, y todo México como después de una borrachera, y volviendo a recordar nuestros propios problemas y el horroroso crimen de Tlatelolco, que sigue repercutiendo subterráneamente sin que sepamos cómo... José Revueltas está preso, y muchas cosas feroces y graves ocurren

a cada momento. No que se noten, brilla una preciosa paz semejante a la porfiriana, no de balde es Díaz el individuo que ocupa la silla presidencial... Pero si tuvo mucho que ver todo el asunto estudiantil, el allanamiento que se hizo a mi escuela, las matanzas diversas (la peor fue Tlaltelolco, pero no la única) que precedieron a la Olimpiada...

So many letters. Rereading them I am struck by the formality of address: "Dear Margaret." I wasn't accepted as Petch until February 1969, or "tuteado" until August 19 of that year. Emilio was generically so effusive that I had felt that our relationship was close from the very beginning. He was always open in expressing his opinions and feelings. Occasionally, rarely, Carballido would fall into periods of depression. June 20, 1973: "Por otra parte, mi casa no ha estado lo que se llama cuerda, ni mi salud lo que se llama bien. Pero ya todo parece compuesto y en vías de mejores aires. Incluyendo a la escuela de teatro, que es una de las cosas más revueltas y deprimentes que le puedan pasar a nadie..." And August 28, same year, brings news of the "Horrible terremoto en mis ciudades. ¡No quedó una iglesia en pie! Alarma y emergencia nacional, sobre todo Orizaba."

Most of Emilio's letters, however, are positive comments on his reaction to trips and awards and work. Regarding a curriculum I was preparing for him, he wrote: "Puedes quitar casi todos los premios y resumir diciendo que he ganado muchos, no?" And humorously reporting a period of ups and down, "Es importante quizá la lluvia (TRES) in 1955 porque el fracaso de la Sinfonía Doméstica fue tan grave que me quedé si modo de vida y sin prestigio. (Usigli bailaba de contento y publicaba textos en cuanto al 'mito' que habían creado conmigo y que había sido yo desbaratado de un soplo). Mi regreso en 55 fue así MUY espectacular, y me reinstaló en el ambiente con mejor prestigio que antes."

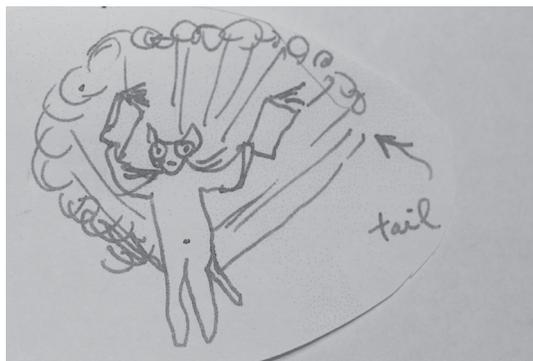
Any remembrance of Carballido must mention his relationship with cats. There was always an assortment in his home. I particularly remember a long-haired white princess; I could have stuffed a pillow with the hair I carried away on my clothes. Emilio assumed some of his animals' characteristics. He never knocked, he scratched. At hotel doors where we met, in many cities, to a 1:00 a.m. unexpected visit in Taxco; I would hear "scritch, scritch!" and I would know who was there. It was in a letter written on New Year's Day, 1974, that felines entered our correspondence. He ecstatically reported: "¡Me voy a Praga!... Caí desmayado porque me invitaron ya en serio, con avión y todo." His delirium is conveyed in the sketch at the bottom of the page.



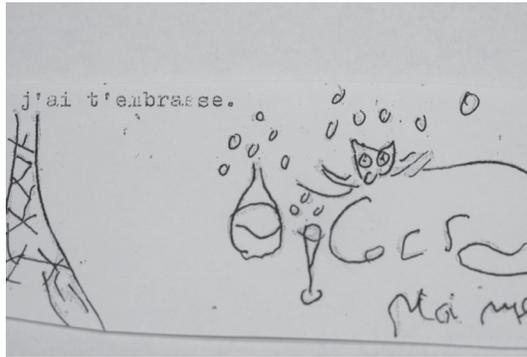
From the Guanajuato Cervantes Festival, April, 1975, a sixteenth century cat.



And on December 17, 1976, a Gato Claus.



In February 1980 came thanks for a book and a proud as a peacock feline.



In 1995 he sent a happily champagne slurping cat from Paris.

The letters continued to arrive, now always signed with a cat sitting or swinging or sleeping on the large curve of the “E” of Emilio. But less frequently. We had email now. Worse, the FAX. Going through these files I found many of the faxes fading away. Our friendship endured but our careers diverged. We saw each other frequently but mutual invitations came by telephone, and holiday greetings the same. I attended Emilio’s grand 80th birthday celebration, and we talked of further meetings, but age and health also had their say.

With great sadness I know that Carballido is dead. But Emilio will be in my life as long as I have left a single gray cell to remember this remarkable friend.

Margaret Sayers Peden
University of Missouri